

Años de teatro

Ángel SAGÜÉS*

A finales de los setenta yo era un chaval de veinte y pocos años que, como gran número de jóvenes de Pamplona, militábamos en las juventudes de los infinitos partidos políticos de izquierdas que aparecieron en la transición. Nos divertíamos en los clubes juveniles que había por todos los barrios de la ciudad. Había grupos de jóvenes que, sin tener la menor experiencia en el teatro, nos reuníamos en torno a una idea política o reivindicación social y montábamos el número. Cómo no recordar las movilizaciones por la libertad de Sagaseta, que en una actuación teatral había quemado una bandera española y fue perseguido militarmente. Unas veces nos inspirábamos en el ciclo del agua, otras veces sobre las actuaciones políticas del ministro de turno. Las músicas, tan diferentes como la cantata de Santa María de Iquique o la Mahavishnú Orchestra, también eran fuente de inspiración. Todo era nuevo, imprevisible y cargado de una gran ilusión por acercarnos a un futuro perfecto. Un día pasó por el patio de las escuelas municipales “José Vila” de Santa María la Real un grupo llamado Cómicos de la Legua con el espectáculo *Triponzi Jauna*, aquello nos motivó tanto, que una cuadrilla decidimos dedicarnos con más fundamento al teatro.

Gente con inquietudes expresivas que estaba haciendo carrera en Madrid volvía a la vieja Iruña, es el caso de Javier Rey que montó un grupo de expresión corporal y pantomimas en el centro Auzotegui de la Txantrea, este fue el comienzo de mi aventura teatral y la de otros como Javier Ibáñez o Ramón Marco. Poco más tarde, Ignacio Aranz, que debía de conocer las experiencias del T.E.I. (Teatro Experimental Independiente) y del T.E.C. (Teatro Estable Castellano) de Madrid, en colaboración con Valentín Redín, *alma mater* de El Lebril Blanco, montaron el Taller de Actores del Teatro Estable de Navarra. Ahí comenzamos un grupo de personas entre las que se encontraban el mismo Ignacio Aranz, Miguel Munárriz, Ana Goya, Marian Delgado, Grego Navarro, Aurora Moneo, Kollins entre otras muchas. Bajo mi modesta opinión, la aparición del T.E.N. fue un momento decisivo para el teatro navarro: se introdujo el concepto de escuela, método y profesión en un contexto escénico en el que no existía más que la afición, la intuición y el talento infuso. La escuela del T.E.N. aportó el rigor, la versatilidad e inspiración de Carlos Creus, el primer maestro que tuvimos. La manera clara y efectiva de aplicar el método Stanislawski por parte de Paca Ojea. Las clases de voz de Iñaki Fresán y M^a José Bayo. Los talleres de Julio Castronovo, Arnold Tarraborrelli, Miguel Narros, Lyndsay Kemp. La danza con José Lainez y Ana Moreno. El primer espectáculo que produjo el T.E.N. fue *Esperando al Zurdo*, de Clifford Odest, no había locales en condiciones y actuábamos en iglesias abandonadas o cines que se caían a pedazos. La escenografía la transportamos en una ocasión en el camión de la basura de Peralta. Nos pagaban con una merienda o cena. Miguel Munárriz aportaba su viejo Peugeot y en él

39

*Actor y director

viajábamos los dos, de mañana, para preparar las luces y el sonido. Creo que fue en Funes, pusimos uno de esos largos bancos de iglesia en vertical y con aprietos, amarrados en su extremo, colgamos los focos del espectáculo. Las personas que se formaban en la escuela del T.E.N., teóricamente deberían pasar a formar parte del elenco de El Lebril Blanco, pero una vez conocida una forma de trabajo y actuación metódica, no se sentían estimuladas por los procedimientos de El Lebril Blanco, con lo cual hubo algún rifirrafe y malentendido, pero las aportaciones de Valentín Redín, así como los textos de Patxi Larrainzar o las interpretaciones de Manolo Monje, José Mari Asín, etc., fueron fundamentales en la historia del teatro navarro de aquellos años. Había pasado el tiempo, algunas y algunos de nosotros de militar en la política pasamos a militar en el teatro.

Echando la vista atrás, no puedo olvidar el *Navarra sola o con leche*, de Patxi Larrainzar que quizá sea el espectáculo teatral que más navarros y navarras vieron en su día. *El Zoo de Cristal*, que nos dirigió Paca Ojea. *Ameli-Catalina y Abismo*, de José Lainez, con este último espectáculo ganamos el primer premio del festival internacional de teatro de Sitges. *El Loco y la Monja*, con el que estuvimos actuando durante un mes en nuestro local de la Txantrea. *Peter Pan y Wendy*, con el que se hicieron más de cien representaciones por todo el estado. Amaia Lasa y Miguel Munárriz *En el quinto cielo*. *Dos, uno y ninguno*, montada por Shambú Teatro y dirigida por Pablo Valdés. Recuerdo los personajes del Quijote o Max Estrella interpretados por Javier Ibáñez. El *Wielopole, Wielopole y La Clase Muerta*, de Tadeus Kantor, programados en un festival de Vitoria a rebosar y en un Gaiarre casi vacío, respectivamente. La visita de Maurice Bejart a Donostia con el *Bolero* de Rabel y *La Consagración de la Primavera*, de Stravinski, el mimo británico Lindsay Kemp y su *Flowers* en un frontón Labrit repleto de gente en todas sus representaciones, Marcel Marceau en Olite. Todo ello, perdón por lo mucho y bueno que me dejó, forma parte de la lista de momentos espectaculares que han dejado huella en el teatro navarro que yo he vivido.

40

El teatro navarro, tal como yo lo veo, siempre ha sido productivo, cargado de voluntarismo y esfuerzo, se han formado buenas actrices y actores, egocéntrico por momentos, bisoño en su difusión, algo ingenuo en sus contenidos, con casi nula proyección exterior. Ningún político, ni cargo con responsabilidad se ha preocupado nunca por estudiar, ordenar y difundir nuestro teatro, más bien al contrario hay algunos que lo han difamado y casi aniquilado, especialmente en lo que se refiere al sector profesional. Las políticas y gestiones siempre se han hecho al margen del sector y cuando, excepcionalmente, ha sido consultado se le ha hecho poco caso; ocurrió con la recuperación del Teatro Gaiarre, con la creación y mantenimiento de la Escuela Navarra de Teatro, con la Red de Espacios Escénicos, con la liquidación de los programas que funcionaban, etc. Hoy en día nos salva el teatro aficionado que pasa por un momento de gloria; nunca ha habido tanta producción y de tanta calidad en un sector amateur, bienvenido sea. Conviene recordar, sin embargo, que cualquier sector de nuestra sociedad (educación, sanidad, medio ambiente, industria, agricultura, gestión cultural, política) sin un sector profesional bien formado, innovador, transparente, con proyección, está condenado al fracaso y luego lo paga la ciudadanía.

Después de llevar bastantes años trabajando en el teatro, cada vez veo más clara la necesidad de este oficio. Me he preocupado por mantenerme saludable física y mentalmente, he luchado por un nivel de vida aceptable para mí y mi gente, pero en momentos de crisis como el actual hay momentos de miedo y duda. No es que haya tenido menos trabajo y dinero, que también, es que la cabeza se bloquea por el miedo y la desorientación. Es aquí donde toma valor el teatro que me permite expresar sentimientos y emociones en compañía de otras personas, me da, y nos da a los que conmigo están, la posibilidad de compartir y aligerar los fantasmas. El teatro como espejo del comportamiento de las personas, nos viene bien para observarnos, distanciarnos, reírnos y superar momentos difíciles como el actual. Admiro a Wajdi Mouawad y Henning Mankell, el uno de origen africano y el otro trabaja en África, porque nos muestran un ser humano alejado geográficamente, pero con el dolor, la alegría, la enfermedad, la lucha, el despilfarro, la sexualidad o el hambre que afectan a toda la humanidad. Admiro a Alfredo Sanzol porque ha sabido acercarnos un mundo teatral cargado de emociones especiales, sencillas, originales y cercanas. Admiro la energía y el talento de Txori, Iratxe García y de toda La Ortiga, la autenticidad de Javier Ibáñez y Asun Abad, el trabajo constante de Miguel Munárriz y Marta Juaniz, la gente de la Escuela Navarra de Teatro, mis compañeros y compañeras de oficio: Jon Barbarin, Izaskun Mujika, Belén, Patricia, Edurne, Juan y Marisa... al final de la larga lista tengo una hija que es bailarina en Francia y otra que estudia el bachiller de artes escénicas en euskera porque quiere ser actriz en algún lugar donde se hable inglés. La cosa es así, el teatro por lo que a mí respecta tiene el futuro garantizado; lo que hace falta es que sea en un mundo justo donde el acento esté puesto, como apuntaba Brecht, en el ser humano y no en los bancos. Lo demás es tener un espacio vacío, una persona que te observe y nosotros lo convertiremos en teatro. Saludos teatreros del mundo.